

PRECIO EN MADRID.

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por seis id... 24 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR, LUIS RIVERA.

GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admi- nistracion... 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se suscribe en la Habana:—Propaganda li- teraria, calle de la Habana, num. 100.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provin- cias.

REDACTOR EN JEFE, EUSEBIO BLASCO.

NOTICIAS FRESCAS

Los aficionados.—Coplas, artículos y otras inconvenien- cias.—La cuestion de los cafés cantantes.—Comedias á medio duro.—El país de las monas.—Historia de un pa- raguas y de cuatro mujeres.

Apenas me he encargado del gobierno interior de este periódico, y ya comienzo á sufrir las conse- cuencias.

Llueven sobre mi las plagas, quiero decir, los afi- cionados.

No hay nada más terrible que el aficionado.

Si lo es á toros, muge para hablar, y embiste para dar los buenos dias.

Si á política, sueña con los cambios y con los moti- nes, y habla en voz baja, y propala noticias, y ha visto una carta, en la que se dice esto ó lo otro.

Si al teatro Real, se pasa el dia tarareando, y con- testa á todo lo que Vd. le pregunta con trocitos de Marta y de Sonámbula.

En una palabra, el aficionado es la caricatura del arte.

Pero entre todos los aficionados conocidos no hay otro más temible que el que coge y se mete á poeta, como diria Moratin, si viviera.

Un haz de cartas y memoriales tengo sobre la mesa.

En él hay artículos de todos los géneros, odas, so- netos, letrillas, canciones; todo lo que puede hacer un español. Como todo español hace versos por no tener otra cosa que hacer, figurense Vds. los que habrá en el hacecito.

La mayor parte de las cartas que acompañan á los productos, de lo que podriamos llamar ingenio na- cional, suplican á esta Direccion que tache lo que le parezca mal.

Para complacer al autor de uno de estos artículos, acabo de volcar el tintero sobre su obra.

Y lo siento, porque ahora me veo precisado á bus- car algo en el fondo de mi tintero.

Ya que se van á abrir los teatros, se me ocurre hacer una observacion que va derecha al bolsillo de los autores dramáticos.

Desde algun tiempo á esta parte, la aficion á los cafés cantantes se ha desarrollado de un modo no- table.

Esta aficion es perjudicial.

Para que no se me tache (como yo he tachado los artículos del otro) voy á probar inmediatamente por qué es perjudicial esa aficion.

En los cafés cantantes se ejecutan, así como suena, todas las obras del repertorio antiguo y moderno.

El público que antes asistia á los anfiteatros y pa- raisos de los teatros de verso y zarzuela, se va ahora al café cantante, donde por poco dinero y un sorbete oye todo lo que le quieren decir.

Resultado inmediato: ese público no va al teatro. Las empresas y los autores pierden el dinero que de- jaría ese público.

Una de dos; ó conviértase cada café en un teatro y

entonces el perjuicio se convertirá en competencia, lo cual ya varia, ó acabese el abuso de representar co- medias en donde no deben representarse.

Mañana se le ocurre al limpia-botas de la calle del Principe montar un tabladito y contratar á cuatro ó seis actores para que hagan una piececita mientras á usted le dan betun, y ya tenemos otro teatrillo.

O pasado mañana se le antoja á Portilla armar un tinglado en cada cuartito de su restaurant, con el ob- jeto de que todo el que cene oiga una zarzuela para hacer la digestion, y se aumenta el número de los teatros prodigiosamente.

Me han asegurado que hay una exposicion presen- tada al gobierno por las empresas de esta córte, supli- cándole que resuelva lo que crea más conveniente so- bre el asunto.

Yo tambien se lo suplico encarecidamente.

En cuanto á los autores dramáticos, de seguro opi- narán como yo.

Por un contrato especial, hecho no sé por quién ni con qué autoridad, los cafés teatros abonan diez reales por cada acto que representan, al autor ó propietario de la obra.

Francamente, eso parece un insulto.

Si algunos de esos cafés se llaman teatros, y así lo dicen en carteles y programas, ¿no significa nada la ley de teatros?

¡Diez reales por acto!

Estoy seguro de que si los autores vieran cómo les representan sus obras, exigirian diez mil reales por cada verso, y un consejo de guerra.

Hablemos de otra cosa.

Recordará el lector que el año pasado no habia en Madrid más que un teatro de zarzuela, y ese teatro, pequeño.

Pues bien; este año vamos á tener cuatro.

Es decir, que mientras uno ó dos podrian vivir bien, cuatro no podrán vivir ni bien ni mal.

Es enfermedad española esta de la imitacion.

Si Vd. D. Fulano de Tal, se dedica á hacer... bu- ñuelos, por ejemplo, y los hace de un modo especial, y logra captarse las simpatias de los consumidores y ganar dinero, esté Vd. seguro de que á los cuatro dias todos los españoles serán buñoleros.

Por eso este año va á verificarse en Madrid la lu- cha mortal del buñuelo lirico.

Estos son los rumores que corren.

No respondo de la veracidad de tales noticias.

El tiempo continúa lluvioso. Los pasos tiernos están á la órden del dia.

Anteayer, en la calle de las Infantas, ocurrió una escena melo-dramática.

Una señora gorda se encuentra en medio del arroyo sin paraguas y con el agua al cuello.

En tal apuro, la observa una modista que pasa por cerca de ella, con su vestidito recogido y su paraguas abierto.

—Señora, le dice; se va Vd. mojando; ¿quiere us- ted meterse debajo de mi paraguas?

La señora acepta el favor con mucho gusto.

Pero apenas lo ha aceptado, esclama:

—¡Dios mio! este paraguas es el de mi marido!

La modista se detiene y dice:

—¡Ah, infame!

Y cae desmayada sobre la señora, que se acaba de desmayar tambien, y ha metido la cara en barro.

El paraguas cae al suelo. Una niña bonita que ve- nia detrás lo recoge, lo mira y esclama:

—¡Toma! Este es el paraguas del señor que me acompañó la otra noche al café!

Y estando diciendo esto la sorprende un caballero flaco que le arrebató el paraguas, diciendo:

—Si es el paraguas que tenia esta mañana mi mu- jer, y que me dijo que se lo habian prestado unas amigas!

Momento de conmocion general. Las dos desmaya- das han desaparecido; la modista se ha ido á su casa; la señora gorda está bebiendo agua en la tienda más cercana. La niña bonita se marcha encogiéndose de hombros, y el caballero flaco arroja el paraguas al suelo, lanzando una imprecacion.

Detrás de él viene un sugeto, que recoge aquel chisme del suelo, y grita:

—¡Hombre! ¡mi paraguas!

Y lo abre, y echa á andar, y se va tarareando.

Cuando la señora gorda llegó á su casa, encontró el paraguas en un rincón, y se quedó avergonzada de si misma.

El marido estaba tendido en una butaca, y aseguró que no habia salido.

Eusebio Blasco.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

ALFONSO KARR.

Habia en Paris por el año 40 un jóven que escribia novelas con mucho ingenio, una gracia originalísima, una novedad seductora y un estilo admirable.

Pero á pesar de estar dotado de estas cualidades, no conseguia disputar la atencion pública á Sué y á Dumas.

Por otra parte, no podia competir con ellos en la can- tidad. Mientras él escribia una página, Dumas hacia los Tres Mosqueteros.

—Yo he de ser un gran hombre, se dijo, y poco des- pues añadió: además, he de ser muy rico.

El jóven, que se llamaba Alfonso Karr, ha cumplido su palabra.

En primer lugar, quiso que todo el mundo hablase de él, y buscó hasta encontrarlo un perro grande; una espe- cie de tambor mayor canino, un gigante, un Goliat; y al mismo tiempo buscó un criado enano, el hombre más pequeño de la Francia, un Tom Pouce.

Una vez reunidos perro y criado, no les impuso más que una obligacion; la de pasearse por los sitios más cén- tricos de Paris.

Han de saber Vds. que los parisienses son aun más noveleros que los españoles; por lo tanto, nada tiene de extraño que llamase la atención aquella pareja.

El criado llevaba librea, y habia recibido una con-signa.

—¡Qué perro tan mayúsculo! decían los curiosos tran-seuntes; ¿es de Terranova?

—No señor, contestaba el criado; es de mi amo Mr. Alfonso Karr, el mejor novelista de la Francia.

—¿Un novelista?

—Autor de *Genoveva*, *Bajo los tilos*, *El camino mas corto*, *Una hora mas tarde*, etc., etc.

Los curiosos pensaban que el hombre que tenia un perro tan grande y un criado tan pequeño, debía ser un excelente novelista.

Animados por esta lógica compraban sus obras, y des-pues de leerlas no podian ménos de ser sus entusiastas admiradores.

El perro desapareció, pero el novelista logró su ob-jeto.

Otra escetricidad consolidó su reputación.

Alfonso Karr no era muy rico; ganaba poco porque trabajaba poco, y se veia en la necesidad de contraer deudas.

Pero despues de contraerlas, experimentaba otra ne-cesidad más apremiante aun; la de no pagarlas.

Su imaginacion le proporcionó un medio heroico.

Compró unas cuantas varas de bayeta negra, cubrió con ella las paredes de su cuarto, adquirió un ataúd, y lo colocó en medio entre cuatro velas.

Apenas llamaban á la puerta se metia en el ataúd.

Su criado sabia ya la leccion.

—¿Mr. Alfonso Karr... está en casa?

—Sí señor.

—¿Se le puede ver?

—Sí señor... pase Vd. á su cuarto.

—Hola, querido, exclamaba el novelista dejando la pipa y tendiendo desde su fúnebre asiento la mano al que llegaba.

El efecto que las paredes negras, el ataúd y las velas producian en su interlocutor, no hay para qué expre-sarle.

Las palabras se ahogaban en sus labios.

Pero Karr no hacia caso.

—¿Usted vendrá á pedirme aquel piquillo?

—Sí... digo, no... digo, sí...

—Bien, hombre, bien... quédese Vd. aquí mientras voy á buscar el dinero.

—¡Oh! no, de ningun modo... no se moleste Vd... vol-veré.

Ninguno queria pasar un solo instante á solas en aque-lla tumba.

Resultado de todo esto: que Alfonso Karr llegó á eclipsar la gloria de Dumas y de Sué; que sus obras se tradujeran á todos los idiomas; que fué el creador de un género y de una escuela, y que cumplió la primera parte de su propósito.

¿Y la segunda?

Hace doce ó trece años que Karr, apasionado cultiva-dor de flores, buscó en Niza un aire puro y un cielo ri-sueño.

Estaba enfermo, y queriendo escribir poco y ganar mucho, aprovechó su reputacion de novelista...

—¿Para dormirse sobre sus laureles?

—No, para vender flores á las aristocracias europeas.

Posee en Niza una casa que han visitado muchos so-beranos; un extenso jardin sirve al novelista jardinero para conservar la salud y para cultivar las flores más preciosas; y á fuerza de reclamos en los periódicos ha conseguido que sea de mal tono ir á un baile elegante sin un ramillete de violetas Karr.

Un ramito con una cinta en la que está impreso el nombre del novelista cuesta en Paris, en Florencia, en Bruselas y en Viena 20, 25 ó 30 francos, y todos los dias expide cuatro ó cinco cajones llenos de ramilletes.

En fin, tiene una oficina, un libro de caja, dependien-tes, etc., etc., para comerciar en flores.

Sus excentricidades y su talento le han dado un nom-bre literario, y este nombre literario le sirve para enri-quecerse como jardinero.

¿Lo entiende?

Alfonso Karr tiene hoy de 56 á 58 años; es alto, es-belto, está siempre rapado como un quinto, pero conser-va su barba abundante, sedosa, negra antes, hoy pla-teada.

Sus ojos no han perdido el fuego: brillan como cen-tellas.

En su vida íntima no ha sido muy feliz: vive solo y está casado: ¿para qué añadir una palabra más?

No ha tenido más que un amigo íntimo: Leon Gatayes, un escritor modesto, que ha brillado por el resplandor de Karr.

Nadie ha hecho más *calembourgs* que el célebre no-velista, y entre otras muchas frases se le debe una muy célebre contra la abolicion de la pena de muerte.

—Nada más justo, ha dicho, siempre que empiecen por abolirla los asesinos.

A pesar de todo, Alfonso Karr es una gloria de la Francia.

Sus obras vivirán más que las de Dumas, más que las de los novelistas modernos.

\*\*\*

### EL EXÁMEN DE CONCIENCIA

No soy yo, es Pierre Veron quien refiere este drama; mi trabajo ha estado reducido á arreglarle á la escena española y prestarle gustoso mi firma, como editor res-ponsable.

La escena representa el dormitorio del caballero de las Tres-Estrellas. Dicho señor está tendido en la cama; sus ojos se hallan revestidos de un círculo azulado, y so-bre su semblante descompuesto se estiende un tinte pál-amarillento.

Duerme hace un momento y le agita una cruel pesa-dilla: mientras hay quien imagina que descansa, las di-ferentes partes de que se compone su individuo han en-tablado un diálogo que amenaza tornarse en querella.

*El cerebro*.—Estaba seguro de ello; esto debía acabar así... (*Ligero tumulto*.)

*El cerebro*.—Sí, esto debía acabar así; hace tiempo que os lo he dicho, acabareis por ponerle enfermo... (*El tumulto aumenta*.)

*El cerebro*.—Protestad cuanto querais; vosotros te-neis la culpa de la enfermedad de vuestro amo.

*El estómago (con vivacidad)*.—¿Quién habla por ahí?

*El cerebro*.—La voz de la sabiduría es siempre des-conocida.

*El bazo*.—¿La sabiduría? ¡Buena es tu sabiduría!

*El hígado, con amargura*.—¿Acaso seas tú el autor de nuestros males!

*El cerebro*.—¡Yo!

*El hígado*.—Sí, tú, que pasas el dia y la noche reu-niendo cifras!

*El cerebro*.—Es menester ganar dinero.

*El estómago*.—Hé ahí la gran palabra: ¡ganar dinero! ¿Es esta una razon para privarnos del sueño, para abu-sar de nosotros, para consumir la vida?

*El cerebro*.—Y te atreves á hablar, tragon abomina-ble? Si nuestro pobre amo ha llegado al estado que le vemos, tuya es la culpa. Las trufas, el champagne y las chuletas de ternera le han producido más insomnios que todas mis preocupaciones.

*El estómago*.—Un momento, caballero; si hemos de echarnos en cara nuestros pecadillos, pido que se llame á un tercero. Mi vecino el corazon es más culpable que yo.

*El corazon*.—¿De veras?

*El estómago*.—Más culpable, sí. Dispensa que no enu-mere tus locuras. Bobalicon por naturaleza, te se figura que todo el mundo te adora, y te inflamas al primer dis-paro. ¿Seria gracioso que nuestro amo suspirase á sus cincuenta años por alguna nieta de Noé!

*El corazon*.—Tú no puedes comprender el sentimien-to. Eres realista.

*El estómago*.—Lindo sentimiento, que se tasa en ci-fras conocidas! ¿No comprendes, pobre necio, que las sonrisas y las gracias no son para tí, sino para el bol-sillo?

*El corazon*.—Eso lo dice la difamacion.

*El cerebro*.—Tiene razon el estómago; se mofan de tí, te explotan, y el dinero que yo he ganado ha sido dilapidado por...

*El corazon*.—Por tu impericia y tus desvarios en los agiotajes de Bolsa.

*El cerebro*.—Recuerda que...

*El corazon*.—Sí, recuerdo tu negocio de los betunes, tus fábricas de fundicion y tus empresas periodísticas, que dejaron sin un céntimo á nuestro amo, el caballero de las Tres-Estrellas.

*El cerebro*.—Y las pretendidas marquesa del Canto, condesa del Garfio y baronesa de...

*El Pulmon*.—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

*El corazon*.—¿Quién es ese bárbaro que se rie?

*El Pulmon*.—Yo.

*El cerebro*.—Tú eres un insolente, y además no de-bias haber ido con tanta frecuencia á los bailes y á los teatros á respirar una atmósfera corrompida.

*El pulmon*.—Soy obediente, y si he ido á los teatros ha sido porque me han llevado...

*El cerebro*.—No habré sido yo, que há tiempo no en-cuentro nada de comun entre esos espectáculos y la in-teligencia.

*El estómago*.—Seria por agradar á los ojos, ávidos de estas exhibiciones.

*Los ojos (á la vez)*.—No habriamos pedido que nos

llevasen tan á menudo, si no nos hubieses excitado con tus diarias intemperancias.

*Los ojos*.—¿Qué habiamos de hacer cuando los va-pores del Jerez ó del Málaga nos andaban alrededor?

*El cerebro*.—Entonces no es posible ni aun leer un periódico.

*El pulmon (con más amargura)*.—Kiss, kiss.

*El estómago*.—A mí no me asusta nadie; me basto para replicaros á todos.

*Todos*.—¿Qué impudencia! ¡Esto es faltarnos!

El enfermo, fuertemente sacudido, se vuelve y re-vuelve en la cama.

*El cerebro*.—Vais á aumentar la enfermedad de este hombre.

*El estómago*.—No importa; necesito justificarme. Me echais en cara mi debilidad por los líquidos de Málaga y de Jerez; pero no decís por qué me dejo llevar de mi in-clinacion.

*El corazon*.—Por gula.

*El estómago*.—No es por eso; es porque en aquel mo-mento necesito olvidar algunas de tus penas ridículas.

*El cerebro*.—Esta ya es una razon.

*El estómago*.—Conviene tambien añadir, señor cere-bro, que no pocas veces me he visto precisado á buscar en los zumos espirituosos el olvido de tus ruinosas pato-chadas.

*El hígado (aparte)*.—Esto va bien.

*El estómago*.—Por último, yo hubiera querido mejor las chuletas y el Valdepeñas si me hubieran hecho ha-cer un poco de ejercicio.

*Las piernas*.—¿Acaso podiamos? Nos habias regalado la gota.

*El estómago*.—La gota es hija de vuestra pereza; siempre estabais sobre el coche.

*Las piernas*.—Porque tú nos habias entorpecido.

*El cerebro*.—Está visto, el estómago es el más cruel enemigo de todos.

*El estómago*.—Es el corazon.

*El corazon*.—Es el pulmon.

*El pulmon*.—¡Protesto!

El enfermo se agita cada vez más convulsivamente.

*El cerebro*.—No se ha dicho nada de la boca.

*La boca*.—Y yo, ¿qué he hecho?

*El corazon*.—Tener á todas horas el cigarro entre dientes.

*La boca*.—Pues pegad contra la mano, que me impo-nia su voluntad.

*La mano*.—Obedecia maquinalmente al cerebro.

*El cerebro*.—¿A que por último viene á recaer la acu-sacion sobre mí!

*El estómago*.—¿Y por qué no? Bien merecido lo tenéis.

*Todos*.—Sí, sí...

*El cerebro*.—¿Una coalicion?

*El estómago*.—Así aprenderás á no culpar á otros.

*El corazon*.—¿Puedo ser franco?

*Los ojos*.—¡Diablo!

*El corazon*.—Todos somos culpables.

*Voces diversas*.—¡Sí! ¡No!

*El corazon*.—¿No haya hipocresia!

*El cerebro*.—¿Nada hay perfecto en el mundo!

*El estómago*.—¿Es tan agradable una buena comida!

*El corazon*.—¿Son tan seductoras las mujeres!

*Las piernas*.—Para enmendarse ya es tarde.

*El alma (aparte)*.—¿Hé aquí mi obra! Soy el verda-dero culpable, y aun no se ha pronunciado mi nombre.

*El enfermero (entrando)*.—Señor, aquí está el médico.

*El enfermo (despertándose sobresaltado)*.—¿Hein? Soñaba que me llevaban al cementerio.

*Todos*.—Escuchemos la sentencia...

*El médico (en tono jovial)*.—¡Bien, bien! ¿Se permite usted estar enfermo? ¡Bah! esto no será nada.

*El alma (aparte)*.—¿Entonces estamos perdidos!

Faustino Hernandez.

### CABOS SUELTOS

¿Cómo estarán los bolsillos en Madrid, cuando suce-den escenas como la siguiente!

*Un caballero*.—Eh, cochero!

*El cochero*.—¿Señorito!

*El caballero*.—¿Cuánto quieres por llevarme á Hor-taleza?

*El cochero*.—¿Treinta reales!

*El caballero*.—¿Treinta reales? Mira, hijo mio, baja del pescante y métete en el coche, que por cuatro pes-tas te llevaré yo hasta Guadalajara y te volveré á casa.

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

EN ALTA MAR—VIAJE POR EL ESTANQUE



—¡Ah! ¿qué es aquello que se ve en lontananza?  
—¡Es Madrid!  
—¿Y cuándo pisaremos tierra?  
—¡Quién sabe!

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi)

(Continuación.)

CAPITULO IV.

Manguela.

Desde que Manguela se vió dentro de un coche de primera, en compañía de una porción de señoras y caballeros que al parecer, iban á Francia, respiraba más á sus anchas. El mundo le parecía pequeño, y su amigo Jacinto era como un gorrion para él. Todo se le volvía colocarse los quevedos, toser y dar vueltas en su asiento, como hombre muy acostumbrado á una vida regalada, que echa de menos las comodidades de su casa.

Algunas veces se permitía dirigirse á Jacinto, pero con cierto tono de superioridad, que daba á entender que aquel era su criado.

Al lado de Manguela iba sentado un caballero anciano, esposo de la señora que iba enfrente y padre de dos niñas, una al parecer de diez y siete años, y otra de diez.

El tren iba á partir cuando se aproximó á la portezuela un amigo de aquella familia.

—¡Con que, marquesa, dijo á la señora, buen viaje y felicidades; hasta la vuelta!

Toda la familia contestó:  
—¡Afectos á Luisa! ¡Y adios, conde!

El tren partió.  
Manguela se relamía de gusto.

—¡Una marquesa! decía por lo bajo á Jacinto; ¡una marquesa, y un marqués, y unas marquesitas! ¡Chico, aventura tenemos!

—¿De veras? preguntó Jacinto, á quien Manguela comunicaba su entusiasmo aristocrático.

—Sí, hombre, ¿no has oído que son marqueses? Ahora ten cuidado no vayas á meter la pata.

Y Manguela sacó unos guantes que, por la traza, debieron salir de la tienda hacia tres meses.

El *express* hacia su primera parada, y la marquesa preguntó á su esposo:

—¿Qué estacion es esta?  
Antes que el marqués respondiera se apresuró á decir Manguela:

—Jacinto, saca la *Guia* y dí á la señora marquesa el nombre de la estacion. ¡Anda, torpe!

Jacinto se echó mano al bolsillo; pero como no había comprado la *Guia* no pudo satisfacer la curiosidad de la marquesa.

El marqués se colocó las gafas, abrió la *Guia*, y dijo, no sin trabajo, porque era tartamudo:

—¡Po... po... pozuelo!  
Manguela se volvió á Jacinto:

—¿Con que te has olvidado de comprar la *Guia*? Lo primerito que te encargué. ¡Ah, dispense Vd., señora marquesa, pero no puede uno confiar en nadie.

—Eso no tiene nada de particular, contestó la marquesa, no acertando á comprender el afán de Manguela.

Y volviéndose este á Jacinto, entablaron el siguiente diálogo en voz baja:

—Ya enseñaste la oreja, Jacinto; ¿por qué no has traído la *Guia*?  
—Hombre, déjame de *Guia*.

—¿Qué pensará la marquesa?  
—Y á mi qué?  
—Sé fino, Jacinto, no me comprometas; sé fino y complaciente, mira que estás delante del gran mundo. ¡Ejen, ejen!

Y continuó en voz alta:  
—Siempre que viajo me pasa algo. ¡Vea Vd., venirme sin la *Guia*! Pues esta mañana fué lo primero que encargué á mis dependientes. Pero ¡nada! ni el mayordomo, ni el secretario, ni el ayuda de cámara, ni el criado, ninguno se acordó de tal cosa. Afortunadamente en Francia estaré mejor servido.

—¿Va Vd. á París? preguntó la marquesa.  
—Sí señora, tengo allí casa.

Las hijas de la marquesa miraron á Manguela con cierta curiosidad.

El marqués no pudo contener esta exclamacion:  
—¡Ca... ca... caramba! ¡Ten... tendrá Vd. mu... mu... mucho gasto!

Jacinto se habia quedado con la boca abierta, atónito y pasmado de oír á su amigo mentir con tal desfachatez.

En cuanto á Manguela, parecia encontrarse en su centro.

—Sí señor, continuó, no dejo de tener gasto; pero no es el gasto lo que me impacienta, sino los descuidos de mi servidumbre.

Y esto lo decía con tal entusiasmo, que no reparó en los guantes que se estaba poniendo.

—Yo viajo mucho... mi vicio capital es el viajar... Los inviernos en París; los veranos, generalmente, en Baden, Hamburgo, y algunas veces me alargo á San Petersburgo...

Mientras Manguela decía esto con el tono que le era propio,—el tono de la poca vergüenza,—por el guante de la mano derecha asomaban dos dedos.

Y continuaba hablando y poniéndose el guante roto:  
—He viajado por Italia esta primavera, y ahora vengo de recorrer mis haciendas de Andalucía...

La marquesa le miraba con asombro; pero sus dos hijas, con la malicia propia de la edad, más que en las palabras de Manguela se habian fijado en el guante roto y en los esfuerzos que hacia por ponérselo contra viento y marea, puesto que los dedos se le habian metido por el agujero, y el guante no pasaba de allí, y á cada esfuerzo se rompía más.

Jacinto, siguiendo con la vista á las hijas de la marquesa, habia comprendido el objeto de su burla, y trataba de avisar á su amigo.

Ya le habia dado más de un codazo, diciéndole bajito:  
¡El guante!

Por último, la marquesa notó la risa de sus hijas, miró á Manguela y descubrió el guante, y apenas pudo contener la carcajada.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

La redaccion de GIL BLAS ha visto con dolor, con lágrimas y con otra porcion de cosas, el notable artículo publicado por *El Cascabel*, cuyo director, con una fuerza de lógica irresistible, prueba que su fealdad nunca desmentida, está en razon directa de la influencia moral de los Bufos en el seno de las familias.

Como el objeto principal de dicho artículo es hacer nos ver que se disgusta la familia cuando se le llama feo al director del *Cascabel*, y deplorar asimismo que varios periódicos de esta Corte hayan copiado la anécdota publicada en el GIL BLAS llamando feo al supredicho sujeto, esta redaccion desea darle una satisfaccion completa.

Al efecto, GIL BLAS convoca á todos las personas que hayan leído el artículo y la anécdota, á una reunion en la que se declare:

- 1.º Que el director del *Cascabel* es encantador.
- 2.º Que mirado de frente, *seduce*; mirado de perfil, *rastorna*; y mirado de espalda, *parte los corazones*.
- Y 3.º Que así lo asegurarán á toda persona con quien hablen del director del *Cascabel*, aunque por ello se pongan en abierta contradiccion con la opinion pública.

Levantada acta de la sesion, se publicará en toda España y en el extranjero, para completa tranquilidad del aludido.

Y además se hará la necesaria propaganda, para esparcir por esos mundos la frase lanzada por el director del *Cascabel* en su último artículo, de que los individuos de su familia creen que es un Apolo.

Y ahora, dejemos esta cuestion, y ocupémonos de otras más importantes.

En la redaccion de GIL BLAS se reciben todas las firmas que quieran figurar en la

SUSCRICION NACIONAL PARA ERIGIR UNA ESTATUA

AL DIOS APOLO.

Se advierte á los individuos aficionados á pasear por el Prado de noche, que las tercianas suelen ser perjudiciales y que el tiempo refresca. Que los teatros van á abrirse y que se está mejor en el teatro.

Y no olvidar que los escesos á muchos han enterrado.

Viendo ayer un niño cierto dibujito de una caja de fóforos, preguntó á su papá:

—¿Qué dice debajo? ¿Quién es este hombre?

El papá leyó:—*El griego*.

—¡Ah ya! dijo el niño; entonces ya sé quién es el que hay pintado en el otro lado de la caja.

—¿Quién, hijo mio?

—¡El latín!

El día de moda, en el Circo del Príncipe Alfonso, es el lunes.

En el teatro de Verano, es el miércoles.

Ahora parece que se trata de emplear los demás días del modo siguiente:

Martes, día de moda para bostezar.

Jueves, día de ir á ver por donde andan escondidas un par de pesetas.

Viernes y sábados, días de ayuno.

Domingo; moda general. A pedir limosna. De este modo, la moda irá acostumbrando á los madrileños á vivir de algo.

A un tenor de pretensiones le dijo anoche Isabel.

—Tú no das el *dó* de pecho,

y el le respondió:—mujer,

¿pues no ves que si lo diera

me quedaría sin él?

—Amigo mio, ¿dónde encontraría yo un talisman que me sacara de apuros?

—¿Un tal isman? No le conozco, pero lo preguntaré.

Un poeta burgalés, fabricante de un soneto dedicado á varios actores, llama *célebre* á Zamora, y *grande* á Mario.

Y luego se extrañarán Vds. de que los muchachos tarden en venir!

Yo en su caso, ó me quedaría en Burgos, ó me traería al poeta.

Comienzan á estar en moda las tarjetas en que se expresa la profesion ó arte del individuo.

Esto va á dar lugar á muy buenas frases.

Yo sé de quien piensa poner en la tarjeta:

FULANO DE TAL,

adulador supernumerario.

Y otro que pondrá:

MENGANO DE CUAL,

casado.

Y no digo nada del que tenga que poner:

ZUTANO,

consejero de familias.

O del que sea:

PERENGANO,

hijo de uno que fué intendente.

Les aseguro á Vds. que va á haber sus apuros en esto de expresar las profesiones.

La siguiente circular, que corre por ahí con profusion, dará á Vds. una idea de los proyectos del empresario Arderius:

«Muy señor mio: La Empresa de *Los Bufos*, única en su clase, tiene una historia breve, pero interesante; sencilla, pero conmovedora.

Cuenta un año de existencia; en ese año, no ha perdonado medio de hacer olvidar á Vd. durante la noche, las desazones que haya podido tener durante el día.

Dudosa acerca de si los triunfos que ha alcanzado serian debidos á la amistad que le profesaban los madrileños, se lanzó á bufar en Aragon y en Cataluña, y allí ha visto coronados sus esfuerzos de una manera tal, que ha vuelto á Madrid con dos wagoes llenos, el uno de coronas de laurel, y el otro de monedas de cinco duros.

Decidida á continuar haciendo la felicidad de este lacrimoso país, ha reforzado su compañía para la temporada próxima, ha adquirido obras de nuestros mas aplaudidos autores, y de este modo va Vd. á tener ocasion de ver zarzuelas de Ayala, Arrieta, Blasco, Barbieri, Catalina, García Gutierrez, Larra, Oudrid, Puente y Brañas, Rogel, Ramos Carrion, Zumel y otros, desempeñadas por Sras. Gomez (Amalia y Concepcion), Hueto, Alvarez, Bardán, Ruiz, Alverá, y los Sres. Arderius, Cubero, Fuentes, Orejon, Castilla, Jimenez, Alverá y demás que se dirá en tiempo oportuno.

Agregue Vd. á esto treinta encantadoras *surripantas* y veinte coristas masculinos de lo mas feo que se conoce, y tendrá una idea de lo que vá á ser el Circo este año. La Empresa, agradecida á sus abonados del año anterior y dispuesta á agradecer á los que se abonen por primera vez en este, abre un abono por treinta representaciones con rebaja de cerca de un cincuenta por ciento en los palcos y mas de un veinte en las butacas: es decir, señor abonado, que tendrá Vd. palco por 26 reales y 66 céntimos, y una butaca por 4 reales y 66 céntimos. ¿Qué ganga!

La localidad, en general, disminuirá de precio, con lo cual el teatro del Circo será el más barato de Madrid, circunstancia muy de apreciar en los tiempos presentes.

Tenga Vd., pues, la feliz ocurrencia de abonarse á vuelta de correo, para que tenga doble motivo de ofrecerse á Vd. suyo afectísimo S. S. Q. B. S. M.—FRANCISCO ARDERIUS.

Es decir, que vamos á tener por fin en Madrid un teatro barato y sin pretensiones. Ya era hora.

#### Correspondencia de GIL BLAS.

A D. N. Z., de *Belchite*.—No envíe Vd. más artículos, porque son muy malos.

A D. C. V., de *Guadalajara*.—Servida la suscripcion.

A D. P. P., de *Bejar*.—Idem, idem.

A D. R. S., de *Sevilla*.—La charada que nos ha remitido Vd. no cabe en el periódico; si á Vd. le parece la publicaremos aparte, en un tomito de 300 páginas.

A D. L. M., de *Málaga*.—Haga Vd. el favor de no pedir gollerías.

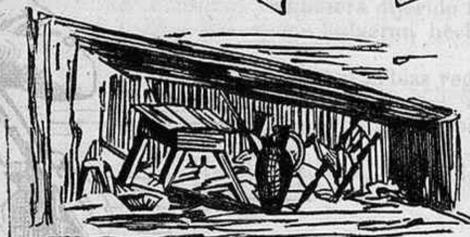
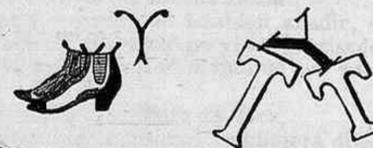
A D. E. B., de *Madrid*.—Escriba Vd. más claro, que hasta la fecha no hemos podido entender una palabra.

A D. C. C. C., de *Moron*.—Póngame Vd. á los pies de la señora, y encárguela Vd. que no haga versos.

## PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:—*Casimiro*.

### JEROGLÍFICO



### CHARADA

Cuarta, tercera y segunda que es mujer tercera y dos, por *tercia* y quinta va en pos á *cuarta* y quinta que abunda.

Hace allí *segunda* y quinta porque el calor la molesta; en *prima* y cuarta compuesta en *tercia* y cuarta despintan.

A poco de un calavera que por él está mi *todo*, yo no sabré de que modo recibió *cuarta* y *tercera*.

(Las soluciones en el número próximo.)

## ANUNCIOS

MEJOR QUE EL ELIXIR (EN SU GÉNERO)

que hizo vivir 300 años al filósofo Artéphins.

ACEITE DE BELLOTAS PARA EL CABELLO.

CALLE DE JARDINES, 5.—A 6, 12 y 18 rs. fr.

Este inimitable descubrimiento, recomendado por más de sesenta periódicos, para lustrar, suavizar y hacer salir el pelo, es indispensable al galante y veleidoso francés y griego, al frío y positivo inglés, al grave, generoso y soberbio español, al flexible y hábil italiano, al hemático holandés, al retraído y reflexivo alemán, al robusto y desprendido ruso, al grave y confiado turco, al nervioso y desconfiado árabe y á toda la raza humana, cual fuere sus costumbres, su *bromatología*, ó sea alimentos.—El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de S. A. R.

## BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

### ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martin, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economia.

Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

### FÁBRICA DE CORSÉS

PREMIADA POR S. M.

HORTALEZA, NÚM. 4.

Se construyen corsés-fajas para suspender y desminuir el vientre, herniarios y ortopédicos.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 4867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.